



HISTORIA DEL BARON DE TRENK.

COLOQUEMOS, queridos niños, á la cabeza de esta historia la lección que encierra, á fin de que el interés sobrado vivo que los grandes infortunios inspiran, no os impidan buscarla. Aprended con este ejemplo á tener constancia; sabed que no hay dolor superior á nuestras fuerzas, ni obstáculos que no pueda vencer una voluntad firme y robusta; y si algun día os persigue la desgracia, acordaos del baron de Trenk, y de que sois hombres!

Nació Trenk en Koenisberg, en Prusia, y á los diez y ocho años, como era uno de los jóvenes mas bien formados de su pais, entró á servir en la guardia del rey de Prusia, Federico el Grande, quien al cabo de tres semanas elevó á Trenk al grado de porta-estandarte. «Pocos hombres, dice Trenk, han alcanzado con tanta rapidez semejante fortuna. Favorito del rey, era á la vez hombre de corte, instruido y oficial en el cuerpo

mas bello de la escuela militar mas sábia de Europa; Pollnitz, Maupertuis y Voltaire eran mis maestros; el porvenir me sonreía, y no había ejemplo de igual ventura!....»

Pero Trenk cayó repentinamente en un abismo de infortunios; pues acusado por los que le tenían envidia de sostener correspondencia con un primo suyo, general austriaco, sin ser interrogado, sin forma de proceso, fué arrestado al frente de sus tropas y encerrado en una fortaleza.

Cualquiera otro se hubiese figurado estaba perdido para siempre; pero un año mas tarde, Trenk, que se habia escapado de su prision, era capitán de caballería al servicio de la emperatriz de Rusia, secretario intimo del canciller del imperio, y debia ser nombrado gentil-hombre de cámara. Pero Federico le persiguió hasta allí: las intrigas de su embajador dieron en tierra con la fortuna de Trenk, que obligado á dejar la Rusia se dirigió hácia Alemania. Los espías del rey de Prusia lo aguardaban para apoderarse de él; pero Trenk tenia espías tambien, y á la cabeza de algunos hombres osados, embistió á los soldados prusianos que iban á prenderle, los hizo prisioneros y los envió á su jefe, no sin aplicar á cada uno de ellos cincuenta palos.

Admirado Federico, y sintiendo sin duda haberse privado de tal súbdito, le instó á que volviese á su patria; pero Trenk, como todos los hombres, juntaba á sus grandes cualidades, grandes defectos; y como su valor se acercaba á la audacia, y su perseverancia tenia mucho de terquedad, respondió con orgullo: «que era tardía aquella gracia, y no se espondría á sufrir nuevas injusticias!» Entre un capitán de caballería y un rey como Federico, la lucha era desigual: así es que la venganza del monarca, ofendido en su orgullo, fué terrible.

Una noche que Trenk se hallaba tranquilo en su lecho en Dantzick, ciudad libre imperial, fué preso á despecho del derecho de jentes y de todas las leyes de la humanidad, porque apenas cayó en poder de los prusianos, le robaron su bolsa, su reloj y todas sus joyas! Conducido primero á Lavenbourg, desde allí lo trasladaron á Berlin, y por último á la ciudadela de Magdebourg, donde lo aguardaba un calabozo! Tenia seis pies de ancho sobre diez de largo: la pared era del grosor de seis pies, y la ventana estaba construida de manera que pudiese penetrar alguna luz, mas no se podia ver ni el cielo ni la tierra. La avaricia del mayor de plaza, que traficaba con el alimento de los prisioneros, aumentó el suplicio de Trenk, pues solo le dió libra y media de pan de munición, con un cántaro de agua. Trenk habia sido siempre gran comedor: fácilmente hubiese consumido seis libras de pan, y solo le daban la cuarta parte cada veinte y cuatro horas! «Hubiera dado, di-

ce el infeliz, una letra de cambio de mil ducados, por hartarme una vez de pan seco: apenas me dormía, soñaba que estaba en mi gran mesa llena de los manjares que mas apetecía; pero duraba poco la ilusión, me despertaba el hambre y me impedía volver á cerrar los ojos. Este suplicio duró once meses!» Trenk no habia esperado todo aquel tiempo para escaparse; al contrario, estaba á punto de conseguirlo, cuando fué denunciado por uno de sus cómplices. «Terrible destino, dice, que me ha perseguido siempre, precipitándome en el abismo de la desgracia en el mismo momento en que creía vencidos todos los obstáculos!»

A eso de media noche entraron bruscamente en el calabozo del prisionero, que solo tuvo tiempo para ocultar entre la ropa su cuchillo; le bendaron los ojos, le hicieron subir á un carruaje, y despues de largos rodeos se detuvieron los que le conducian, quitándole la venda. Trenk se veia entonces entre dos herreros armados con martillos, y cerca de un brasero encendido sobre un suelo cubierto de cadenas. Al momento dieron principio al trabajo y le sujetaron los pies con una cadena á un anillo hundido en la pared. Situado aquel anillo á tres pies del suelo, Trenk solo podia dar dos ó tres pasos á derecha y á izquierda. Soldaron en torno de su cuerpo un anillo de un palmo de largo, del cual pendia una cadena clavada en una barra de hierro del grueso de un brazo: la cadena tenia dos pies de largo, y por los dos extremos quedaban sujetas sus manos con esposas. Hecha esta operacion, todos se retiraron sin pronunciar una palabra, y Trenk, sumido hasta entonces en un estupor sin igual, oyó cerrar cuatro puertas, cuyo ruido sonaba para él como si clavasen un atahud!

Por fin llegó el dia, y pudo examinar su prision á la luz del eterno crepúsculo. Su anchura era de ocho pies, y su dimension de diez. A su lado habia un comun y en el ángulo de la pared un asiento formado con cuatro ladrillos, en el cual podia sentarse apoyando la cabeza sobre la pared. En frente del anillo que le encadenaba habia una ventana practicada en una espesa pared de seis pies. La abertura subia hasta la mitad donde tenia un enrejado de alambre muy unido, y desde aquel sitio bajaba por fuera hácia el suelo. Aquella abertura estaba cerrada por uno y otro lado con gruesos barrotes de hierro. Junto al prisionero habia un guarda-ropa de madera, y un cántaro para agua: en la pared se leia el nombre de Trenk formado con ladrillos, y á sus pies estaba la tumba en que debia ser enterrado, y donde se habia grabado tambien su nombre y además una cabeza de muerto! Esta prision se habia edificado con yeso y cal en el término de once dias, y Trenk fué trasladado á ella la noche misma que se

:

concluyó; de suerte que todo el mundo estaba persuadido de que no soportaría quince días la humedad de una pared nueva, en un agujero cerrado casi herméticamente, donde no podía hacer mas movimiento que saltar sobre el mismo sitio en que estaba atado, y sacudir la parte superior del cuerpo, hasta adquirir algun calor.

Permaneció, en efecto, seis meses sentado continuamente en el agua que brotaba de la bóveda, precisamente en el sitio en que se veia obligado á sentarse: durante los tres primeros meses, jamás logró secarse, y era tan grande la humedad, que todos los días, mientras duraba la visita, dejaban las puertas abiertas algunos minutos, sin lo cual apagaba el vapor de las paredes la luz de las linternas!

¿Quién creería que hubiese para un hombre condenado á semejante muerte momentos de alegría? Sin embargo, Trenk tuvo un instante de un placer vivísimo cuando el mayor de plaza después de haber hecho colocar una cama de madera en el calabozo, con una manta de lana, le presentó un pan entero de munición que pesaba seis libras, diciéndole: «se os dará todo el pan que necesiteis.» «Jamás ningún molino, dice Trenk, quebrantó los granos mas pronto que mis dientes quebrantaban el pan de munición, y así antes de la noche habia devorado mi pan con un gusto inesplicable!»

Después de aquel corto consuelo, Trenk no pensó en otra cosa que en escaparse. Al día siguiente notó cuando abrieron las cuatro puertas que eran solamente de madera, y al momento resolvió separar las cerraduras, cortando la madera del rededor con el cuchillo que habia llevado de la ciudadela. Pero antes era preciso librarse de los hierros: consiguió sacar de la esposa su mano derecha, pero no la izquierda; entonces separó algunos pedazos de ladrillo de su asiento, y limó con tanta dicha el clavo de la segunda esposa, que tambien logró librarse de ella: como el aro que tenia al rededor del cuerpo no estaba sujeto á la cadena sino por un simple garabato, consiguió romperle, en cuya obra gastó muchos días. Quedaba todavia la cadena principal que le ligaba los pies; Trenk se ocupó desde luego en torcerla, y como era fuerte y vigoroso, á fuerza de tirar rompió dos anillos. Ya sin hierros, corrió á la primera puerta, y después de haber hecho un pequeño agujero en la parte baja, reconoció que solo tenia una pulgada de grueso.

En seguida fué preciso volver á colocarse los hierros, lo que no fué poco embarazoso para Trenk: después de haber tentado mucho tiempo, encontró el anillo de la cadena que se habia roto y lo arrojó al comun. En cuanto á la cadena, la ató con un pedazo de cordón que sujetaba sus cabellos; pero cuando

quiso introducir en la esposa la mano derecha, estaba tan hinchada con los esfuerzos que habia tenido que hacer para sacarla, que no pudo conseguirlo. Pasó toda la noche en limar el clavo, pero inútilmente, tan remachado estaba. Sin embargo, se acercaba el medio día, hora de la visita, y era urgente el peligro; al fin consiguió entrar la mano en la esposa, y todo volvió á su anterior estado: entonces aguardó un poco para descansar.

Apenas se cerraron las puertas aquel día, sacó la mano del anillo y se desprendió de todas las cadenas. Comenzó entonces á trabajar en las puertas: la primera se abría hácia dentro, y el cerrojo, así como la cerradura, estaban por fuera; la forzó en menos de una hora; pero la segunda, que se abría hácia fuera, le costó un trabajo increíble; consiguió su objeto, mas todos sus dedos estaban desollados y el sudor corría por su cuerpo. Luego que estuvo abierta, descubrió la luz por la ventana del vestíbulo, se encaramó á ella y reconoció que su prision estaba edificada en el foso principal que es el primer terraplen: el centinela se hallaba á unos cincuenta pasos, y era preciso escalar una empalizada para llegar al terraplen. La tercera puerta se abría, como la primera, hácia dentro, y era necesario por consiguiendo cortar la madera al rededor de la cerradura, lo cual habia llevado á cabo Trenk al ponerse el sol. Restaba la puerta, que era preciso cortar como la segunda; pero se hallaba en extremo cansado, y sus manos tan magulladas que casi no tenia esperanza. Emprendió al fin la obra despues de descansar algun tiempo, y casi habia cortado la extension de un pie cuando la hoja del cuchillo se rompió y cayó fuera!.... Escuchad al baron de Trenk expresar lo que sintió entonces: «Gran Dios! qué fué de mí en aquel momento! ¿se ha encontrado alguna criatura en situacion mas desesperada? Brillaba la luna en todo su esplendor; miré al cielo con ojos extraviados, y caí de rodillas buscando valor en la religion, sin que lo encontrase aquella vez!»

A eso del medio día, cuando abrieron la puerta exterior, juzgad la sorpresa de todo el mundo al ver la otra abierta y á Trenk con el pedazo de cuchillo en la una mano y en la otra una piedra. «Juradme, gritó, no cargarme de cadenas mas pesadas que las anteriores, ó me doy muerte!» Así se lo prometieron y le cumplieron la palabra, dándole vino y aun buena sopa mientras se colocaban las nuevas puertas, lo que duró cinco días: la del interior quedó completamente guarnecida de hierro!

Tanta valentia encontró al fin un admirador: un viejo granadero llamado Geffhard, que se hallaba de guardia cerca de Trenk, tres meses despues de su tentativa le habló por la ventana y le manifestó el interés que le inspiraba. Trenk escribió por su medio y logró enviar á un amigo de Viena una carta enonb

le pedia mil florines de oro: la mujer del granadero se encargó del mensaje, y cuando llegó el dinero, Geffhard lo colocó en el cántaro del preso un día que estaba encargado de renovar el agua. Cuál fué la sorpresa de Trenk al reconocer que solo faltaban cinco pistolas cuando le había dicho que se quedase con mil!

El nuevo plan del preso, provisto de dinero, consistía en escaparse por debajo de los cimientos del calabozo: el fiel Geffhard le facilitó dos limas pequeñas para desembarazarse de los hierros. A fin de que no pudiesen descubrir los clavos que faltaban y cuya cabeza había limado, mojaba un poco de pan de munición y lo frotaba sobre el hierro mohoso para que tomase su color: esta pasta servía para cerrar los eslabones abiertos y llenar el sitio de los clavos. La secaba de noche con el calor del cuerpo y en seguida frotaba el sitio así lleno, para darle el pulimento del hierro. Dispuesto todo, dió principio á la obra.

El pavimento de la prision no era de piedras, sino de gruesas tablas de encina de tres pulgadas de espesor: el suelo, pues, tenia nueve pulgadas de grueso y se hallaba unido con broches de una pulgada de diámetro y cerca de un pie de largo. Consiguíó con la barra de sus esposas arrancar un pedazo de hierro, la aguzó en la piedra de su tumba y formó un excelente escoplo para cortar las tablas. Separada una de ellas, buscó el modo de volverla á colocar cuando quisiese; tapaba las hendiduras con pan y esparcía polvo sobre ellas. Esta obra exijía gran precaucion, pero luego pudo trabajar con mas osadía. Comenzó por hacer un hoyo en la pared para introducir en él los pedazos de madera que iba á arrancar, trabajo que duró mucho tiempo: principiaba por esparcir los restos de cal y de piedra por el suelo y despues los reducía á polvo: ponía este polvo en el borde de la ventana, y lo empujaba con un pincel compuesto de un mechon de pelo, y cuando hacia viento aquel polvo se disipaba en el aire; pero como este medio era muy lento, recurrió á otro espediente: formó con la tierra petrificada montones que secaba del mejor modo posible, y luego en el momento de la visita los arrojaba al comun. Así es como logró deshacerse de la tierra y del yeso que no podía colocar en el agujero, que se ensanchaba cada dia. Teniendo entonces donde ocultar los pedazos de madera, atravesó el pavimento. Debajo de él habia una arena blanca y muy fina de que se deshacia ya como acabamos de decir, ya por medio de Geffhard, á quien pasaba un lienzo lleno de arena cuando el granadero estaba de guardia, vaciándolo este con precaucion. Pero todo esto caminaba con mucha lentitud, y Trenk apeló á nueva astucia.

Con sus herramientas hizo otro hoyo en el pavimento debajo de la puerta de la prision; el uno era el ataque falso, el otro el verdadero; despues formó un enorme monton de arena en me-

dio de su prision. Hecho esto, cerró con precaucion el verdadero agujero, y se puso á trabajar en el otro, pero con tanto ruido que le oyeron desde fuera, que era lo que deseaba. A media noche abrieron las puertas, y le hallaron ocupado en el trabajo en que quería ser sorprendido. Nadie concebía por qué quería ahondar hácia la puerta donde habia una triple guardia. La centinela permaneció en el calabozo toda la noche, y por la mañana se presentaron algunos presos para llevarse los escombros en espor-tones. Se tapó el agujero, se allanó el suelo, se soldaron de nuevo los hierros, y todo el mundo se burló de su tentativa. Por lo demás, nadie vió el otro agujero de donde habia sacado la mayor parte de la arena, y Trenk continuó ahondando su galería subterránea.

Una noche que se hallaba ocupado en romper los cimientos del terraplen, sucedió á Trenk una aventura espantosa cuyo solo recuerdo turbaba su sueño, presentándole imágenes horribles. Separó con el pie una gran piedra que se desprendió detrás de él encerrándole en su agujero. Cuál fué su espanto al verse así enterrado vivo! Despues de un instante de reflexion intentó abrirse paso junto á la piedra, procurando separar la arena de que estaba rodeada: por fortuna tenia delante un pequeño espacio hueco que pudo llenar con la arena de que estaba cercada la piedra; pero entonces comenzó á faltarle el aire y no podia respirar! Le fué imposible continuar su trabajo; una sed extraordinaria le privaba el uso de todos los sentidos, y se vió obligado á morder en la arena para refrescarse y recibir un poco de aire, permaneciendo ocho horas en aquel estado. Al fin volvió en sí, y continuó trabajando. Despues de increíbles esfuerzos logró volverse, y pasar la cabeza junto á la piedra que cerraba herméticamente el canal. Allí encontró un poco mas de aire, de suerte que á fuerza de arrastrarse como un gusano, saltó á la otra extremidad del canal y llegó felizmente á su calabozo. El dia estaba ya muy avanzado y sus fuerzas lo habian abandonado hasta el punto de verse obligado á acostarse, creyendo que no podría volver á tapar el agujero. Sin embargo, lo consiguió despues de media hora de sueño; apenas habia acabado oyó el ruido de las puertas y las cerraduras, pues era la hora de la visita.

Solo quedaban al preso algunos pies que horadar para obtener su libertad, cuando el exceso de su audacia le perdió de nuevo. Es preciso oírle confesar aquella falta, de que se arrepintió tan amargamente.

«Enagenado de alegría y sin poder disimular el placer que me causaba la perspectiva del venturoso porvenir que me prometia, perdí el seso y cuando debía tener mas vijilancia, discrecion y actividad, mi amor propio me hizo tomar la mas loca y temeraria resolucion; acto de demencia que sin duda fué efecto de

un inevitable destino, ó mas bien de mis largos sufrimientos! Quise poner á prueba la generosidad de Federico el Grande, y tan empeñado estaba en mi lindo proyecto que esperé con impaciencia la hora en que el mayor haría la visita. Luego que entró le dije: «señor mayor, sé que el gobernador, el generoso duque Fernando de Brunswink se halla en la actualidad en Magdebour (me lo habia dicho Geffhard); hacedme el gusto de buscarle y decirle de mi parte que le suplico visite mi calabozo, aumentando el número de mis centinelas, y en seguida señalarme hora en que me escape de la prision y recobre la libertad. Si logro cumplir lo que prometo, espero me conceda su proteccion, instruyendo al rey de mi buena fé, á fin de que se convenza de la rectitud de mi modo de pensar y de la lealtad de mi proceder.»

«El mayor, estupefacto, miró al teniente y creyó me habia vuelto loco; salió y volvió á poco con el comandante Reichmann, el mayor de plaza, y el otro mayor encargado de la inspeccion. El duque me contestaba, segun me manifestaron, que si probaba lo que ofrecia, me libraria de los hierros en el mismo instante, y que además me prometia el perdon del rey. Despues de una larga capitulacion y las promesas mas formales, arrojé á sus pies los hierros, abrí mi eguero, les propuse que bajasen á la galeria, y, en fin, declaré que en un paraje que no podia revelar tenia caballos que me esperaban para huir. La sorpresa de aquellos hombres no puede explicarse: salieron de nuevo, y volvieron á decirme que el duque no faltaria á sus compromisos, y me condujeron sin grillos al cuarto del oficial de guardia.»

Pero todo aquello era mentira: el mayor nada habia dicho al duque, y para evitar le acusasen de descuidado, se jactó delante del príncipe de haber sorprendido á Trenk en medio de su trabajo, añadiendo que indudablemente se hubiera escapado sin su vijilancia. «El pobre Trenk, como dice él mismo, fué conducido de nuevo al cuchillo del carnicero.» Al cabo de algunos dias, le encerraron en su calabozo, que habian empedrado con piedras gruesas y era impenetrable: solo le pusieron una cadena en los pies, pero que pesaba tanto como las anteriores, y entonces fué preciso renunciar á la esperanza de salvarse.

Solo le quedaba un recurso, que era el de enviar letras de cambio contra sus bienes en Alemania á ilustres personajes, á quienes suplicaba se interesasen en su miserable situacion; pero todos tomaban el dinero y ninguno respondia. Al fin tuvo la suerte de encontrar un hombre honrado, el jeneral Tiedt, émbajador de Austria en Berlin, cuyo diplomático, á fuerza de instancias, alcanzó la libertad de Trenk bajo las condiciones siguientes:

1.º Que nunca intentaría vengarse de nadie: 2.º que no

pondría los pies en Prusia: 3.º que no hablaría ni escribiría mientras viviese el rey de nada de lo que le había sucedido: 4.º que no serviría á ningún otro soberano ni en el orden militar ni en el civil.

Juró todo lo que quisieron. «He pasado, dice Trenk al concluir su relacion, once años cabales en la prision, el mejor tiempo de mi vida, años que ningún soberano de la tierra puede devolverme ni en juventud ni en posicion pecuniaria.

«Cualquiera lector creará ahora que esta época es el fin de mis infortunios. Pues bien! le aseguro bajo palabra de honor que mejor quisiera volver á mi calabozo de Magdebourg, y pasar allí otros diez años, que sufrir otra vez las iniquidades que he soportado en Austria sin poder recobrar mi herencia!»

La autoridad de un hombre que tanto padeció nos enseña, queridos niños, cuánta verdad contienen las palabras de Bossuet cuando decia: «si pudiéramos salir de la tumba, quizá no haya un hombre que no deseara volver á ella al ver la acojida que tendría en este mundo.» Precisamente es esta la historia del baron de Trenk: al verle salir de su tumba, nadie quiso reconocer sus derechosni restituir sus bienes, de que se habian apoderado unos hombres injustos. Al fin de sus dias Trenk tuvo que luchar á un mismo tiempo contra los hombres, contra la pobreza y contra el dolor, porque decia: «me resiento de los crueles pesares que he sufrido y de los trabajos que he pasado, empezando á ser para mí el lecho lo que fué mi prision!»



SOR MARTA.

«**D**IME, Manuela, preguntó una mañana Teodora Aparicio á su ama de leche, ¿sabes á quién espera mi papá á comer?... á juzgar por los preparativos que debo hacer, sin duda es un gran personaje.

—Ya sabes, respondió el ama, que el brigadier tu papá no acostumbra decirme lo que quiere hacer.

—Pero, repuso Teodora, es que no hace mucho tiempo recibió á personas de distincion, y no hizo tanto como ahora.

—Tienes razon; aunque esperára á un príncipe no se tomaría tanto trabajo.

—Y, sin embargo, ya sabes que cuando se trata de recibir á algun compatriota, nada perdona papá.

—Lo sé, mas supuesto que nada quiere decir, es preciso no procurar adivinarlo, porque no le gusta esto.»

Y se separaron el ama y la jóven, la una para desempeñar sus quehaceres, y la otra para ir á satisfacer su curiosidad.

El brigadier D. José Aparicio, despues de batirse con gloria contra los franceses que querian arrebatarnos nuestra independencia, cayó prisionero, y conducido á Francia enamoróse de las virtudes y hermosura de una jóven marsellesa bastante rica, y habiendo contraido matrimonio con ella, decidióse á fijarse para siempre en la patria de su esposa. Disfrutando, pues, de un pacífico retiro en una quinta situada cerca de Paris, su esposa y su hija le prodigaban amor y ternura, y respetado de sus criados, y de sus arrendatarios, y de los aldeanos que le rodeaban, el brigadier vivia envanecido de lo pasado, contento con lo presente, y confiado en la salvacion de la independencia de su patria.

Ya hacia dos horas que Teodora se hallaba de centinela en el pabellon del terrado, y examinaba atentamente el hermoso y verde parque que conducia á la quinta: sus ojos interrogaban con curiosidad la larga porcion del camino que pasaba no lejos, y que como una cinta iba dando vueltas hasta perderse detrás de los altos matorrales que formaban el horizonte: sin embargo, no veia lo que esperaba con tanto anhelo. De vez en cuando iba á animarla una nube de polvo que se alzaba á lo lejos sobre el camino; pero bien pronto reconocia la clásica diligencia que seguia su camino acostumbrado, sin cuidarse siquiera del interés que habia inspirado.

No obstante, una vez algo entró en el parque, y Teodora fijó un momento su atencion; pero aquel momento fué corto, porque era un modesto calesin de mimbre tirado por un pobre caballo que caminaba al mas humilde de los trotes, uno de esos carruajes tan comunes en las campiñas francesas, y de los cuales se sirven los curas cuando no pueden montar á caballo. Acostumbrada Teodora á ver con frecuencia á los pastores de los contornos en aquel modesto carruaje, no hizo caso de él, y ya empezaba á impacientarse cuando acudió la nodriza exclamando:

—«¿Qué haces ahí? tu papá pregunta por tí, y todavía no te has vestido!

—Si nadie ha llegado aun, dijo Teodora.

—No se trata de eso, sino que tu papá es muy amigo de la exactitud, y es preciso no hacerle esperar; ven á vestirte.»

Teodora entró en su habitacion, y ya podeis pensar cuánto no trabajaría su imaginacion mientras que su nodriza la ayudaba á vestirse.

—«¿Pero por dónde han podido llegar? decia.

—¿Qué te importa eso? respondia el ama.

—Es que siempre es bueno saber con quien vá una á tratar, porque al fin.....

—Se acicala una mejor para unos que para otros, no es verdad? interrumpió la nodriza; pues bien, disponte como si fueras á ver á uno que pretendiese tu mano; vístete bien, porque así estarás mas bonita, y porque esto gustará á tu papá.»

Al fin, despues de mirarse perfectamente al espejo, se dirigió Teodora á la sala, persuadida de que iba á presentarse en medio de una reunion brillante, por lo cual estudió en el camino el modo de saludar, y se decidió á abrir la puerta de la sala, no sin sentir viva emocion.

Sus inquietas miradas recorrieron rápidamente el vasto salon, y cual no sería su admiracion al ver, en vez de la mucha jente que esperaba, á su padre y á su madre solos, con una vieja, á la cual trataban con el mayor afecto!... La anciana llevaba el humilde traje de las hermanas de la Visitacion, compuesto de un manto de sayal negro, un devantal azul con babadero, una pañoleta blanca, y un gorro negro por cima de un capillo blanco.

«Ven, Teodora, la dijo su padre cojiéndola de la mano: ven á abrazar á una respetable y antigua amiga, que ha tenido á bien acordarse de tí, y que nos honra con su visita.

—Señorita, dijo la religiosa, os causará menos sorpresa mi visita cuando sepais que tengo obligacion de implorar á todos los corazones generosos en favor de los pobres. Debía, pues, venir á casa de vuestro padre, á quien Dios ha recompensado dándole una hija tan linda.»

Por mas lisonjero y bien dicho que fué aquel cumplido, no pudo volver su buen humor á Teodora, cuyo engaño habia sido muy grande; así es que durante la comida estuvo un si es no es chabacana. Por la noche Aparicio acompañó hasta cierta distancia el modesto carruaje de la religiosa, y de vuelta á la quinta, llamó á su hija, á la cual dijo con sequedad:

«Teodora, no estoy contento contigo. Oh! si hubieras conocido como yo á la admirable mujer que acaba de salir de aquí, habrias querido caer á sus plantas, porque si hay un nombre que todos acatan y bendicen, es el de Sor Marta! Ya lo has visto; simple aldeana, no es su nobleza lo que se admira en ella; pobre hermana lega, no se quema incienso á su fortuna; pero se ha creado un nombre, ha conquistado la gloria, merced á sus virtudes y su bondad, y créelo, esta gloria es la mas duradera, si no es la mas brillante. Oye su historia, y verás si te engaña.»

«Ana Biget, que este es el nombre de familia de Sor Marta, nació en 1748 en Torés, cerca de Besanzon: su madre, aunque pobre, era buena y caritativa, y como socorriese á los pobres, este ejemplo inspiró á la jóven desde temprano esos sentimientos generosos que convirtieron su vida en mision de bondad y caridad cristiana.

« Los conventos, tales como existían antes de la revolución, componíanse de dos clases de religiosas; unas con el nombre de pensionistas como pertenecían á familias ricas y distinguidas evitaban en aquellos sagrados asilos los peligros del mundo, llevando á ellos su fortuna y su bienestar: otras, que se llamaban hermanas legas, nacidas en las cabañas ó en las tiendas de los artesanos, eran admitidas con condicion de que desempeñarían los trabajos caseros, para cuyo empleo eran menester robusta salud, costumbre de trabajar, y garantías de una vida arreglada.

« Por estas humildes funciones empezó su carrera Sor Marta, distinguiéndose desde los primeros tiempos de su entrada en el convento de la Visitacion por su celo y piedad. A poco no se contentó con observar la regla, sino que hizo mucho mas, por lo cual el arzobispo le dió permiso para que visitase á los presos, consagrándoles todos sus cuidados.

« La revolución estalló, y aquel terrible huracan derribó las casas religiosas, dispersando á las pobres reclusas: Sor Marta no se dejó abatir por semejante desastre; llamó á las puertas de los calabozos, y gracias á su desprecio de todos los peligros, logró socorrer á los infelices que en aquella época poblaban las cárceles.

« Sor Marta no tenía otra fortuna que una pension de 333 francos (unos 1300 rs.), y con tan cortos recursos logró ser la providencia de los pobres. Su humilde morada era la cita de los ancianos, los niños y los enfermos indigentes, á los cuales daba limosnas y comida, privándose de todo para subvenir á las necesidades de los que sufrían. Además pedía para los pobres, y era tal el respeto que inspiraba, que era raro que alguno desoyese sus súplicas.

« En marzo de 1805 estalló un incendio en una aldea cerca de Besanzon, y Sor Marta acudió al instante con el fin de animar á los trabajadores, dándoles el ejemplo y contribuyendo con sus consejos á contener los progresos del fuego. Pero una casucha habitada por una ama de eria, llamada Catalina Simon, era presa de las llamas, y el fuego se había declarado con tanta violencia, que la pobre nodriza y sus dos hijos no pudieron huir: segura era su pérdida, porque nadie se atrevia á socorrerla, y en vano ofrecía Sor Marta cuanto poseía, hasta su cruz de oro, pues la inminencia del peligro atemorizaba á los mas intrépidos. Entonces Sor Marta, olvidando su edad, se persigna y se arroja entre las inflamadas ruinas, viéndosela algunos instantes despues con los que acaba de salvar, y la benéfica hermana, con las manos y el rostro quemados, dá gracias á la Providencia por la fuerza que hubo de prestarle en aquel momento.

« Dos años despues, Sor Marta, que se ocupaba en buscar en las

orillas del Doubs los simples necesarios para sus enfermos, descubrió á un hijo de un pobre pastor que se habia caído en el rio y estaba para ahogarse: sin pensar en el peligro que vá á correr, la valerosa hermana se arroja al agua, y aunque no sabe nadar, esto qué importa? Una persona se halla en peligro, es preciso salvarla, y Sor Marta despues de esfuerzos inauditos, consigue sacar al chico que iba á perecer.

» Como la guerra se aproximase á Francia, pobló los hospitales de soldados y oficiales de todas las potencias de Europa, siendo Sor Marta su providencia. Gracias á su actividad creó recursos para prodigarles los cuidados mas tiernos, siendo su intérprete cuando tenian que hacer alguna reclamacion, y logrando su canje. De sus resultas mil bocas reconocidas llevaron el nombre de Sor Marta á las orillas del Tajo, el Támesis, el Oder y el Volga.

» Los acontecimientos de 1813 y 1814 volvieron á la venerable hermana la energía que la edad hubiera podido debilitar, precisamente cuando Francia sufria todas las calamidades de la guerra. Amenazábanla todas las desgracias que habia llevado á las capitales de Europa, y en semejante peligro Sor Marta no podía limitarse á su acostumbrada caridad. Cuanto mas se aumentaba el peligro, tanto mas se acrecentaba su valor; de suerte que corrió á donde la guerra se hallaba mas encarnizada, y arrosando todos los peligros, recorrió los campos de batalla para ir á socorrer sin distincion á los heridos de todos los países, á los cuales levantaba con intrepidez bajo el fuego de los cañones, viéndosela despues de la accion en los hospitales de sangre. Allí comunicaba su celo á las mujeres, ponia á contribucion las poblaciones para adquirir hilas y bendas, y en todas partes la escuchaban, obediéndola con gusto.

» En aquella época fué cuando Sor Marta encontró á un extranjero en medio de un camino, herido mortalmente de resultas de haberle tirado su caballo. Como respirase aun, Sor Marta le bendó perfectamente, y en union con unos aldeanos lo condujo á un pueblo inmediato, donde le prodigó cuantos cuidados exijia su lamentable situacion. No queriendo dejarle en una poblacion, donde á nadie tenia que se compadeciese de él, se procuró un carruaje, en el cual le puso sobre una poca de paja, y así le siguió hasta dejarle con su familia, bendando su herida, reanimando sus fuerzas, y tratándole como una madre á su hijo. Merced á su celo, el extranjero que hoy puede contarte este rasgo de beneficencia....

—V. papá! exclamó Teodora.

—Sí, tu padre debe la vida á Sor Marta. Te admira ahora la buena acogida que he querido dispensar á mi salvadora, á la que me ha permitido disfrutar la dicha de verte crecer y de amarte?

—Oh! no, papá, y ahora me arrepiento de haber sido tan impolítica.

—Sí, y te arrepentirás mucho mas cuando sepas que la reputacion de Sor Marta se ha extendido de tal manera que esta sencilla aldeana que ya habia recibido en su pais una medalla con esta inscripcion: *homenaje á la virtud*, recibió despues de la campaña recompensas que la honraron menos que á los que se las dieron. El ministro de la Guerra le envió una cruz; el emperador de Rusia una medalla; el rey de Prusia la escribió una carta dándola gracias por haber cuidado á los heridos, y remitiéndola además de una medalla, cien monedas de oro para sus buenas obras. El emperador de Austria le concedió la medalla del mérito civil, y el rey de nuestra patria, el augusto Fernando VII, una condecoracion. Ya ves, hija, que hubieras podido hacer mejor acogida á una mujer, á quien tantos soberanos han creído digna de homenajes y honoríficas recompensas.

—A un angel que salvó á mi padre! exclamó Teodora; oh! papá, soy muy culpable; pero perdóneme V. y permítame que envíe á Sor Marta para sus pobres el dinero que habia separado para las modas de este invierno: ella lo empleará mejor que yo.

—Bien, hija mia, bien! ven á abrazarme, y que el ejemplo de Sor Marta sirva para probarte que no hay condicion tan humilde, en la cual no se pueda por medio de la virtud y la caridad crearse un nombre ilustre y respetado.»

Sor Marta, cuya historia acabamos de trazar, cuando se sintió debilitada por la edad se retiró á su pais, donde siguió socorriendo á los pobres hasta el momento de su muerte, acaecida en marzo de 1824.

PRESENCIA DE ESPÍRITU.

Reinaba en Oriente un príncipe tan célebre por su generosidad como por la violencia de su carácter, y existia ó tal vez existe aun en la capital de sus estados una fábrica de chales hermosísimos y de prodijiosa finura.

Era costumbre que todos los viernes un operario de esta fábrica, la cual contaba hasta quinientos, entregase al emperador en el momento en que montaba á caballo para ir á la mezquita,

un chal muy largo y muy ancho, pero de tal finura que pasaba por el ojo de un baston que el operario llevaba consigo.

La prueba se hacia en presencia del príncipe, quien mandaba dar al operario un centenar de piastras, se envolvía en el chal, y á su vuelta lo regalaba á alguna persona de su servidumbre ó de su corte.

Cierto viernes recayó la suerte, para llevar el chal, en un operario de diez años, pero tan cubierto de harapos que se le veían las carnes. Dirigióse, sin embargo, en busca del emperador con el baston y el chal, y el príncipe al ver su miseria se compadeció de su desnudez, diciéndole le pidiese lo que quisiera, pues lo obtendría al momento.

El operario, olvidando su pobreza, rogó al emperador le diese una bonita sortija para ponérsela en el dedo, y el monarca, naturalmente irascible, se enfureció al oír una petición tan descabellada de parte de un joven falto de todo.

«Cómo, miserable! pides una joya, y no tienes para cubrir tu desnudez..... Que le den quinientos palos en la planta de los pies.

—Escuchadme, señor, exclama el adolescente prosternándose.

—Habla.

—Si lo que quereis darme es por el precio del chal, eso no reza conmigo; pertenece á mi amo, y de consiguiente sobre él deben recaer los quinientos palos. Si son aguinaldos para los operarios de la fábrica, somos quinientos, y todos deben participar del regalo.»

Al oír esta respuesta, el emperador cayó sobre la grupa de su caballo, dando fuertes carcajas, y luego que se calmó su alegría dijo al mancebo:

«Tu presencia de espíritu te salva.»

Volviéndose despues á los suyos, añadió:

«Que se le den mil piastras (unos dos mil y pico de reales), y vístasele de pies á cabeza: sobre todo, no hay que olvidar una bonita sortija, como que es la primera cosa que me ha pedido.»

El pobre joven se retiró lleno de alegría al ver que habia terminado con tanta felicidad una escena que empezó bajo tan malos auspicios.